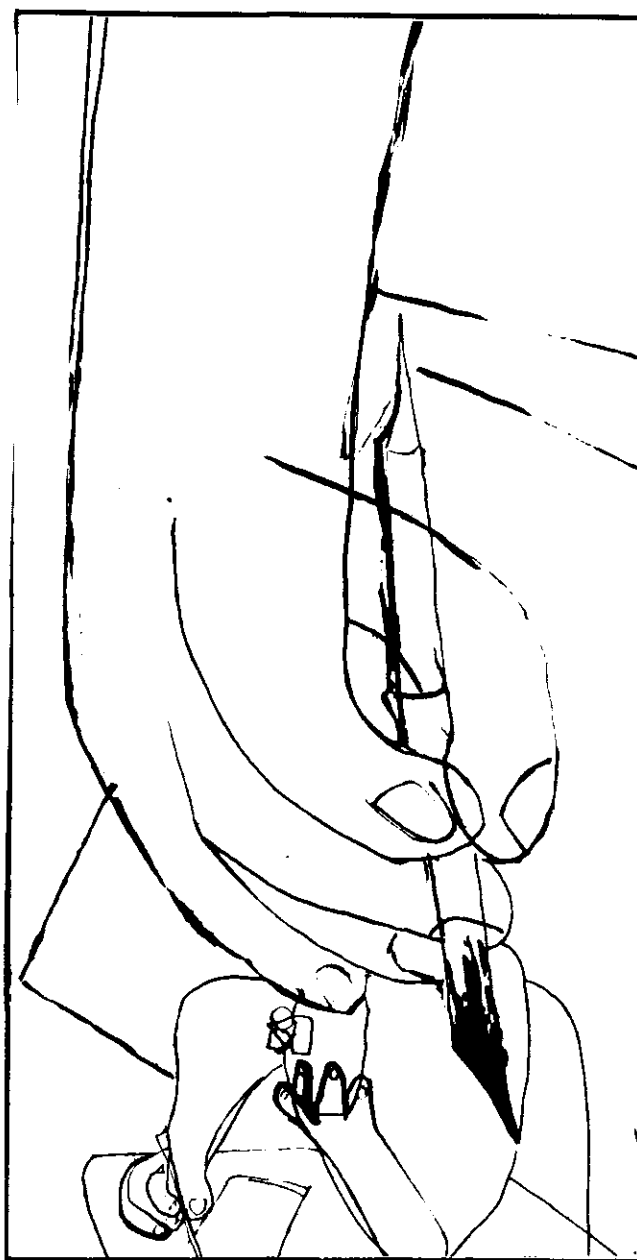


Mi fe es el hombre

RECUERDOS DE MARÍA ROSA OLIVER

José Bianco



Quiero hablar de *Mi fe es el hombre*,¹ el tercer tomo de las memorias de María Rosa Oliver, en nombre de la amistad que me unió a ella durante tantos años, amistad que comenzó cuando comienza el libro de que hoy me ocupo. Recuerdo la noche que la conocí. Nos presentó Victoria Ocampo, en el otoño de 1935. Supongo que debía ser otoño porque María Rosa llevaba un abrigo y un gorro de astrakán, y Victoria la golpeaba una y otra vez con la mano en la cabeza, sobre el gorro de astrakán, y le decía "Sos una lacheuse", porque María Rosa, que en aquella época vivía en Merlo, había deshecho el compromiso de acompañarla a San Isidro. Los primeros

capítulos de *Mi fe es el hombre*, hasta que María Rosa se va a los Estados Unidos invitada por el gobierno de Roosevelt para trabajar en la Oficina Coordinadora de Asuntos Interamericanos, me hicieron revivir los días iniciales de nuestra amistad.

La guerra civil española, el congreso internacional de los Pen Clubs de 1936, la primera temporada de Margarita Xirgu en Buenos Aires, todos esos acontecimientos están unidos en mi memoria a María Rosa. A propósito del Pen Club, donde ambos asistimos como oyentes, María Rosa hace notar en su libro que "no hay reunión internacional, ni nacional, que sea apolítica. Sea cual fuere el tema que se trate, las tesis expuestas, las ponencias, las declaraciones, señalan una tendencia política y obligan a las definiciones". A María Rosa Oliver no le costaba definirse. Alguna vez podía equivocarse, pero si se equivocaba era justamente a causa de las cualidades que hacían de ella alguien tan honesto y tan absolutamente incapaz de no estar del lado del débil y del oprimido. En el primer capítulo de este libro se refiere a la guerra de España y a la segunda guerra mundial, y dice que la guerra de España gravitó más en su espíritu porque en esa guerra se jugaban con mayor evidencia y de manera más directa las convicciones que la identificaban ante sí misma. Agrega que en los años de su adolescencia, evocados en el segundo tomo de sus memorias, *La vida cotidiana*, a veces, casi en juego, le sucedía "inventarse" otras vidas, imaginándose una vampiresa, una diligente ama de casa, una millonaria, una misionera, una mundana, y en cada una de esas situaciones persistía algo en que podía identificarse; "pero si se trataba —dice— de imaginarse pensando de una manera opuesta a la que era habitual en mí, surgía un monstruo irreconocible. No había opción en cuanto a mis convicciones: la había —y esto sigue siendo difícil— en cuanto al modo de vivir de acuerdo con ellas." En la guerra civil española, en las reuniones del congreso internacional de los Pen Clubs, o durante y después de la segunda guerra mundial, María Rosa Oliver y yo hemos tenido las mismas convicciones. Recuerdo que aplaudimos desde el mismo palco la presentación de la compañía de Margarita Xirgu en *Doña Rosita la soltera*, de García Lorca, que los franquistas acababan de matar en Granada. Cuando María Rosa se refiere a Margarita Xirgu y a su secretaria, Irene Polo, pienso que fui a veranear con ellas en las sierras de Córdoba, y que María Rosa se unió a nosotros por unos diez días. A María Rosa, Margarita Xirgu la llamaba "Rosa María"; agregaba: "con esos ojos tan bonitos..." Y en Córdoba, por la noche, después de cenar, debajo de esos cielos muy bajos y llenos de estrellas que parecen al alcance de la mano, Margarita Xirgu recitaba para nosotros romances españoles, o sonetos de Quevedo y de Góngora. Cuando María Rosa se fue a trabajar a los Estados Unidos, que era por entonces un país en guerra, cuenta que sus amigos la despedimos con un banquete monstruoso en un restaurante de la calle Florida. Yo tenía idea de haber visto un mono en ese banquete, un mono con una librea de colores, que abría una caja, y después de vacilar un momento nos entregaba un papelito con la suerte. La idea me pareció tan absurda, que para salir de dudas hablé con Luis Saslavsky, suponiendo que él habría organizado el banquete. (Luis Saslavsky, señalemos de paso, ha dirigido películas interpretadas por dos actrices mexicanas: Dolores del Río y María Félix; una, en *El abanico de lady Windermere*; la otra, en *La corona negra*, con argumento de Jean Cocteau). Bueno, Luis Saslavsky no se acordaba de nada. Sin embargo,

como yo insistiera, hizo memoria y tuvo que admitir que él había ido a una sociedad de magos, y contratado a un organillero que se presentó con su mono en el banquete. Los recuerdos de María Rosa despiertan muchos recuerdos en mí, serios y fútiles. Y a veces los fútiles no son los que menos me conmuevan.

Mi fe es el hombre trasunta optimismo, que buena falta nos hace en el día de hoy, y otros rasgos peculiares de María Rosa Oliver: dinamismo, energía, calor humano, alegría de vivir. En una palabra: felicidad. En los dos primeros tomos de sus memorias no faltaban momentos de felicidad, a pesar de la prueba terrible de la poliomielitis a tal punto que el primero, *Mundo, mi casa*, iba a llamarse *Casi un paraiso*, y María Rosa se vio obligada a buscar otros títulos cuando se enteró por mí que Corrado Alvaro lo había utilizado ya. Sin embargo, creo que durante los años que abarca este libro —de 1935 a 1945— quizá María Rosa no se haya sentido nunca más contenta, y al decir contenta quiero decir de acuerdo consigo misma, porque, no obstante los halagos que hubiera podido ofrecerle su medio social, y a pesar del cariño de los suyos, con los cuales fue siempre tan unida, María Rosa entró por fin en el mundo que realmente le interesaba: el mundo de las ideas, las artes, las letras, la política; creo también que esos años han sido los que mejor han favorecido sus virtudes. María Rosa no hizo ya viajes de placer, sino viajes de trabajo, que era lo que más placer le daba, y en su andar por el mundo ejerció con entera libertad lo que me atrevo a considerar su virtud por excelencia: la facultad de hacerse amigos y de crear con las personas que le interesaban una instantánea intimidad. María Rosa fascinaba a las personas porque las personas la fascinaban. Tenía el don casi mágico de adivinar el estado de ánimo de sus amigos, de discernir sus pensamientos o sentimientos. Recuerdo una noche, hace muchos años. Yo era joven, y los jóvenes suelen estar alegres o tristes. Aquella noche yo estaba triste. Después de cenar, salimos al corredor de una casa de Mar del Plata. En el corredor había una reposera, una reposera muy ancha, con techo. Por entonces María Rosa no andaba en silla de ruedas. Con ayuda de Pepa, la criada que la acompañó durante tantos años, María Rosa se instaló en la reposera, y yo me recosté a su lado. Era una noche sin luna. Habían cerrado las persianas de la casa y la oscuridad del corredor era absoluta. Estuvimos uno al lado del otro, callados, bastante rato. De pronto sentí que me pasaban un dedo por los ojos. María Rosa había adivinado que los tenía húmedos y quería comprobarlo. Han pasado muchos años, lo repito, no recuerdo la causa de mi tristeza, pero recuerdo el ademán de María Rosa y recuerdo mi súbito bienestar. Sin preguntarme nada, sin que yo le hiciera ninguna confidencia, María Rosa me decía en silencio que estaba a mi lado y que yo podía contar con su amistad.

No sé por qué terminé mi nota con esta anécdota insignificante. Quizá para demostrar hasta qué punto el título de este libro, *Mi fe es el hombre*, me parece exacto. María Rosa Oliver era una amiga devota de sus amigos, pero no se detenía en sus amigos. Iba más allá. A través de sus amigos era amiga del hombre. Había puesto su fe en el hombre, en el espíritu del hombre. Creía que el espíritu del hombre incide en el mundo y puede cambiarlo para bien, incansablemente.

¹ Ediciones Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1981.